

LENTE OSCUROS, MARIHUANO SEGURO

Esta expresión era parte de la evaluación social que me tocó vivir en los 60's. Cuando aparecieron los Beatles, los Rolling Stones, Jim Morrison, Janis Joplin, Jimi Hendrix y Three Souls in my Mind. La época que leímos a Karl Marx, Herbert Marcuse, Lenin y Mao; sobre la Revolución cubana, que se hizo famosa, y acerca de un mexicano de Guerrero, Genaro Vázquez Rojas, que fue el más notable guerrillero de esa época.

El movimiento estudiantil del 68 nos dio nueva identidad. La llegada del hombre a la Luna fue impactante, también los viajes con LSD, la minifalda, la píldora anticonceptiva, el pelo largo, la heroína y la marihuana, claro. Sólo menciono algunos elementos típicos de una generación que vivió entre un campamento hippie y otro nudista, un hoyo *funky* y la universidad, que se manchó con la sangre de los compañeros caídos; jóvenes pateados por el ejército y la policía y declarados enemigos de México. Todo eso generó atmósferas imposibles de olvidar. Si la infancia es destino, la juventud es el primer paso rumbo a ese destino que no pocas veces concluyó antes de llegar a la adultez. Ante tantas amenazas, era usual sucumbir a las tentaciones, y como decía Oscar Wilde: “La mejor manera de librarse de una tentación, es caer en ella”.

Agreguen a esto que éramos pésimos prospectos matrimoniales, todos esos rebeldes sin causa para todo, hasta para ser aceptados por muchísimos papás, unas verdaderas amenazas, decían. Y pobre de ti si te veo con un maldito greñudo de esos sin oficio ni beneficio, advertían a sus hermosas hijas. Esto lo cantó Joan Manuel Serrat en una canción que se llama *Señora* y que dice: “Yo sé que no soy un buen yerno, soy casi un beso del infierno, pero un beso al fin, señora”. Pandilleros de pelo largo con Levi's o pantalones acampanados, jaipos, prodolinos, marihuanos sin futuro. Chavos de onda. Este tipo de pandillero era de clase baja, era perro. Nada que ver con el de chamarra de piloto con calavera en la espalda, filera 07 y Harley Davidson. Una generación que tuvo acceso a la buena vida, puro bato carita. La generación que a mí me tocó era prángana. Marihuanos nacidos para perder que sólo estaban aquí para robar oxígeno, así nos denominaba la so-

ciudad decente. Como fuera, creo que todos usaban lentes Ray Ban, el grito de la moda que ignoraba el estatus.

Recomiendo que vean la película *Hair* (1979), de Milos Forman, y particularmente la escena en que George Berger canta *I got Life* en una larga mesa de banquete que recorre bailando. Es una escena muy linda, excelente registro de la contracultura, del contraste entre el pelo largo y rebelde, la indumentaria y el estado perfecto. Traten de verla. Se enterarán de cómo celebraba una familia aristocrática norteamericana que resulta similar a como lo hacían las familias aristocráticas mexicanas. La película es increíble. Como proviene de un musical está llena de canciones, algunas han sobrevivido en el tiempo y creo que seguirán en el gusto de muchos, como *Age of Aquarius*, *Good Morning Starshine* y la citada, *I got Life*.

¿Y saben qué hicieron después estos atorrantes? Se convirtieron en guerrilleros, fíjense. Seguidores del Che, de los Tupamaros, de Vázquez, Gamiz y después de Cabañas. Puros casos perdidos. Luego llegaron tres películas que nos sacudieron más que *El topo*, de Alejandro Jodorowsky, si no la han visto, échense un ojo, debe estar en el archivo de la Cineteca Nacional o en dónde sea. Las películas son: *La batalla de Argel* (1966), de Guido Pontecorvo, prohibida en México, hasta un momento que pudimos verla. La segunda es *Ζ* (1969), de Costa-Gavras, ganadora de dos óscaros, también prohibida en México, y en algún momento hicimos una inmensa cola en el cine París de Paseo de la Reforma y aprovechamos la oportunidad para echarle un lente. La tercera clásica es *Easy Rider* (1969), de Dennis Hopper, que tampoco se exhibía en nuestro país, y según revelaciones actuales, fueron muchos minutos filmados bajo los efectos de la marihuana y de otras sustancias, porque según suponen, Hopper era adicto a muchas cosas, entre ellas la heroína y el alcohol. Es una *road movie* emblemática, con excelente música de Jimi Hendrix, Roger McGuinn, Steppenwolf, The Band y The Byrds. Un viaje de San Francisco a Nueva Orleans, donde la moto de Fonda se convirtió en un ícono. Hay una recreación de efectos de sustancias psicotrópicas al final, viajes llenos de imágenes psicodélicas y pasos hacia ninguna parte. Aparece Jack Nicholson en uno de sus primeros roles importantes. Tengo la impresión de que estas películas complementarán la idea que pudieran tener de la conducta de una generación muy desconcertada.

Ser testigos de la vida de estos jóvenes y, desde luego, ser parte de ellos, formó parte del carácter de esta generación, muchas veces llamada igual que la generación perdida de Hemingway y de ese grupo de escritores norteamericanos del siglo pasado, calificados así por Gertrude Stein; autores de algunas obras memorables, como *El gran Gatsby*, *Por quién doblan*

las campanas, El ruido y la furia, Al este del Edén y otras. Nosotros éramos una generación sin futuro, así nos decían. Ese estilo de vida influyó sin duda en la mentalidad de algunos autores y se refleja en algunas de sus obras o en lo que se sabe de ellos. Ejemplo clásico es el maestro José Agustín, a quien quiero mucho y que es un referente obligado en el cambio del lenguaje en la literatura mexicana, y desde luego, de actitud. Es un tipo increíble, muy divertido, sin temor a nada ni a nadie; imagínense, fue novio de Angélica María. De esa voz, de ese cuerpo. Culto, rockero, escritor clavado. Y bueno, fue capaz de retratar esta generación atrapada en sus sueños, una generación rockera, loca, droga, muy plantada. Lo pueden ver, quizás en todas sus obras, pero, sobre todo, en *Ciudades desiertas* y en una que me gusta mucho, *El rey se acerca a su templo*. Él es un ejemplo de cómo se trabaja esta percepción del mundo. Después de la generación de José Agustín y Parménides García Saldaña, autor de *Pasto verde* y *En la ruta de la onda*, llegó otra generación. Tremendos creadores. Quizás los más prendidos son Guillermo Samperio e Ignacio Trejo Fuentes, de gran importancia en la literatura mexicana. Según rumores, el más grande fumador de marihuana de la república de las letras mexicanas, es Salvador Elizondo, algo que me comentó con una sonrisa, años después, el maestro Vicente Leñero, una vez que salimos de una reunión de la Academia Mexicana de la Lengua, en respuesta a una de mis innumerables preguntas sobre su generación de autores. Por supuesto que platicábamos de todo, mientras él fumaba un cigarrillo tras otro.

Como seguro saben, el consumo de alcohol era usual y seguramente aún lo es, lo mismo que el uso de marihuana y de sustancias, que aunque se consumían a granel, era ilegal. En la actualidad, hay estudios que señalan que al menos el cannabis debe ser permitido; el libro *Diálogo de saberes: hacia una regulación integral del cannabis y revisión de la política de drogas en México*, de los maestros Derbez de la Cruz, Flores y Orozco, que usted está a punto de leer, es un lúcido acercamiento a la conveniencia de no rehuir el asunto y la forma en que se puede avanzar. Los estudios que sustentan la propuesta son comprobables.

En aquel tiempo, el consumo de cannabis o la sospecha, podía llevar a los jóvenes a la barandilla de la policía de la ciudad, espacio en el que era posible soltar una lana para evitar que los recluyeran en una maloliente celda de la que se salía creyendo no sólo en Dios, sino en fantasmas. Claro, la marihuana se conseguía igual de fácil que ahora, y creo que todos los de mi generación consumieron “zacatito pal conejo”, o le quemaron “las patas al judas”. Todos cantaban la canción de los Monkees, *Mary, Mary, where you goin' to*, con un arreglo significativo, *Mari, mari, marihuana*. Años después

escuché a unos jóvenes cantar adaptada una canción de Los Enanitos Verdes, *Y estoy aquí, borracho y moto*. También *Clandestino*, de Manu Chao, donde señalan, *Marihuana, ilegal*.

Actualmente, sean o no consumidores, a un amplio grupo de ciudadanos nos parece pertinente la acción que están impulsando en nuestro país los académicos citados Carlos Derbez, Imer B. Flores, Emanuel Orozco y un conjunto de legisladores en el Senado de la República, que entienden que tanto la regulación de la producción de cannabis y sus derivados como su legalización, no se pueden retrasar. Los usuarios merecen ser tomados en serio.

En fin, mi pretensión es acercarlos al ambiente de restricciones sobre las que navegó la generación de los 60's, quizás un modelo de vida contracultural, muy divertido pero vulnerable.

Una madrugada, hace unos 35 años, mientras volvíamos a la vida con un pozole bien reportado y un aguachile en un mercado, comentábamos, “¿imaginan a un autor vegetariano?”, pues existen, y seguramente son felices y bendecidos por nuestro Señor.

Gracias al doctor Flores por la invitación. Gracias a él encontré que pocas veces he trabajado personajes drogados; me he ocupado más de lo que ocurre alrededor del trasiego de drogas, y aunque mi detective, Edgar, el Zurdo, Mendieta, se echa de vez en cuando un “pericazo”, más bien, es fanático del whisky y sus efectos relajantes. En mi novela, *La prueba del ácido*, inventé un personaje, Kid Yoreme, un boxeador que en la ficción le vende una pelea importante a un campeón del mundo, que luego fue el mejor. Ver esto llevó al Kid a la frustración, al alcoholismo y a usar todo tipo de sustancias prohibidas. ¿No la han leído? Chale, qué mala onda. La lectura de novelas como *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry, nos abrieron las puertas frente a los efectos de la mezcalina, *Las enseñanzas de don Juan*, de Carlos Castaneda, ante los del peyote; luego la sabia María Sabina nos enseñó, al contar a Álvaro Estrada los efectos rituales de “los niños”, como llamaba a los hongos, qué pasaba si los comías.

Toda buena literatura es una pasión desbordada, un río inmenso de emociones, puede que algunas sean producto de experiencias de consumo de drogas, no lo sé, lo que sí sé es que el proceso creativo es extremista; quiero decir que conduce a un autor a territorios desconocidos y no pocas veces alucinantes. No en balde existen expresiones como “la imaginación, la loca de la casa”, que bien pudiera ser “la imaginación, la pacheca de la casa” o “la drogada del cantón”; esto desde el soma que se menciona en los *Vedas*, la ambrosía en la literatura clásica griega, la absenta, llamada “El diablo verde”, del siglo XIX, lo mismo que el opio, la marihuana, la he-

roína y la cocaína. ¿Qué se metía Sherlock Holmes? Después la heroína se disparó, llegó el LSD, las mentas y aguas con el fentanilo; tentaciones, desde luego que no son como las de Wilde, sino como los adjetivos de Vicente Huidobro, que decía: “Adjetivo que no ayuda, mata”.

Gracias.

Élmer MENDOZA
Latebra Joyce, primavera de 2023